

Los veteranos del 70: esa obstinada y cruel necesidad de vivir

ANTONIO OSTORNOL

Carlos Olivárez (constructor de esta antología literaria de la nostalgia, que llamó *Los veteranos del 70*, Editorial Melquiades, 1988) comentaba que lo único que le había sorprendido —y alentado al mismo tiempo— fue la queja de Antonio Skármeta, porque el libro adjudicó el adjetivo de “veteranos” a quienes, bajo ningún aspecto, desean envejecer.

Sin embargo, la sorpresa y el asombro tienen su explicación, ya que al leer este libro, inevitablemente la lectura se va tamizando con el aire de lo ido, de lo nostálgico, como esas tardes solitarias en que algún ciudadano chileno —de esos que tienen “de treinta para arriba”— se instala a oír la cuidada colección de *Los Beatles*, fluctuando entre la tristeza, la ternura y la rabia de que todavía suenen *Yesterday* y *Let it be*, y la certeza de que ya nunca más serán compuestas.

En este punto, entonces, el calificativo de “veteranos” tiene su explicación, su lógica, su fuerza de convicción. Porque hay un hecho evidente: esta generación (¿será correcta su designación?) encarnó, propuso y realizó una actitud de vida, que rebasa con creces las concretizaciones literarias. Son, dicho en otros términos, el signo de una historia que se truncó violentamente.

A veinte años de las revoluciones juveniles

del 68 (México, Francia, Praga), esta antología aparece como un verdadero homenaje a la memoria de un tiempo chileno, que poco y nada tenía que envidiar a los épicos movimientos y rebeliones de signo joven que removieron las cansinas seguridades del mundo de entonces. Aquí, en nuestro país, los movimientos juveniles consagraban —y entre ellos los escritores— la era de las grandes utopías: revoluciones en libertad, o con empanadas y vino tinto, los proyectos más inéditos y transformadores que nuestro país fue capaz de concebir, más allá de toda ortodoxia y seguidismo de las viejas tradiciones culturales, clasistas o ideológicas.

Y si en relación a los grandes proyectos político-sociales, nuestro país fue constructor de utopías, sus jóvenes de entonces —herederos legítimos del rock, del movimiento hippie, las píldoras anticonceptivas y los grandes viajes a la aventura— fueron constructores del desenfado, de la desfachatez, del entusiasmo y de la pérdida productiva de la solemnidad y los repuestos instituidos. En este sentido, son herederos de una tradición que comienza a desarrollarse con mucha antelación en la literatura chilena. En su postura estética, está presente la coloquialidad irreverente de Nicanor Parra, tuteándose con los ángeles, o la rebeldía e insolencia de un Neruda, frente a los tristes notarios o a los dominadores del aire.

Esta generación, que irrumpe en el ámbito literario de los años sesenta, consume la estética democrática de un lenguaje que se desnuda de todo artificio y se pone al servicio de la vida, como un inmenso receptáculo (pero no por vasto, poco selectivo) de los nuevos impulsos, hábitos y tendencias que en esos años afloraban por todas partes en la vida social. Por ello, sus personajes aman en medio de los rayados políticos (Jeréz), o las muchachitas quinceañeras llevan sus amores platónicos hasta el límite exacto de los orgasmos, ofrendados como imposibilidad para siempre (Délano), o un muchacho, entre tímido y arrogante, trata de conquistar una noche norteamericana que se revela en la rubia platinada de todos los sueños (Baeza), o esos modestos jóvenes de clase media que



sueñan con ser grandes poetas y conquistan esas mujeres que, hasta entonces, fueron sólo patrimonio de la aristocracia (Domínguez, Olivárez). Pero, evidentemente, no son los jovencitos triunfadores de las películas norteamericanas de los años cincuenta. Suelen caer derrotados; es habitual que las cosas les salgan mal (Van al hotel parejero y no hacen el amor, pasan un fin de semana en Viña y se quedan sin dinero para volver, conquistan una chica y los padres se interponen); dicho de otro modo, tampoco se pretenden los aventureros victoriosos ni los vencedores por antonomasia; son simplemente, seres humanos dispuestos siempre a buscar la experiencia positiva, a transformar la cotidianeidad en una especie de himno al optimismo: en efecto, es cierto que nunca ganan del todo e, incluso en sus mejores momentos, se les cuele la nostalgia, la tristeza, el vacío, la tragedia; pero también es cierto, que nunca pierden del todo, que la derrota (en su sentido total y absoluto) no existe en su literatura.

La poesía que contiene esta antología (aporte importante, ya que demuestra que la generación del 70 es más que sus narradores —los más apreciados como fenómeno

generacional—) ratifica la presencia de estos signos vitales, expansivos y transformadores, que la narrativa ofrece.

Hernán Miranda escribe: “No es la Humanidad entera lo que se ha reunido aquí/ en la Sala de Sesiones./ Más todos los problemas de la Tierra es posible/ que tengan su lugar en la Tabla del Día de hoy”. Estos versos parecieran constituir una suerte de emblema para esta generación. Todo, absolutamente todo, puede entrar en el ámbito de sus trabajos poéticos: la historia grande y chica; el amor y el desengaño, el sexo de todas maneras, la hipocresía y la verdad, la política entera, con su pasión y sus hitos circunspectos; el idioma, los lenguajes múltiples y cambiantes, el insulto y el lugar común, la interjección, una leguleyada o un latinismo. Estos autores —y esta antología— son omnívoros, como sus propuestas poéticas, como sus impulsos de vida.

Los textos reunidos por Olivárez pertenecen a los años setenta y giran en sus proximidades. Sin embargo, al leer diversos autores (algunos muy conocidos, otros no tanto), el ejercicio de comparación va develando una intuición bastante terrible: la crueldad, esa enorme capacidad de abandonarse al dolor ajeno, se perfila como subtexto de varios relatos y poemas. Esa percepción aterradora, esa brutalidad de la existencia, históricamente se hizo presente casi en los mismos momentos en que esta generación consagraba sus mejores producciones. Y, en este sentido, todo lo que existió antes de los exilios, las prisiones y las muertes de esta generación (y de sus libros), queda circunscrito a una veteranía ineludible, de la cual sólo puede rescatarse un acto de fe: como dice Olivárez en el Prólogo de ayer en adelante: “ninguno de los que están —y los que no— ha sucumbido en sus ficciones. Tenemos claro que los sueños terminan. Sin embargo, también sabemos que es necesario estar muy despiertos para recordarlos y tener fuerzas para auparse en los que vienen”.

Estos veteranos del setenta, creo, han sabido dar testimonio de lo que, posiblemente, se constituya en su gran aporte a la literatura: esa obstinada y cruel necesidad de vivir, y escribir la vida. □